

PARA EN BREVE
¡El mayor acontecimiento del año!

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

deseando corresponder a la constante buena acogida que le dispensan sus numerosos lectores, no repara en sacrificio alguno para preparar algo verdaderamente extraordinario, algo que sobrepasará todas las esperanzas,
¡ALGO QUE SORPRENDERÁ A TODOS!

**¡Una enorme sorpresa
para nuestros lectores!**

IMPORTANTE

Estamos reimprimiendo todos los números agotados por lo que nuestros lectores que deseen completar sus colecciones pueden pedir los números que les falten en todos los kioscos.

¡NO OLVIDARLO!

E. VILDAQUER MORERA.-TOPETE, 18.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 115

25 cts.



DOMADOR
POR AMOR

por
Max Linder
y Vilma Banky
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 115

DOMADOR POR AMOR

Comedia frívola en 5 partes

por **MAX LINDER**

Exclusivas: MARAVILLA FILMS

Paseo de San Juan, 33.—Barcelona.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LOUISE LORRAINE

Argumento de la película de dicho título

El joven conde Max de Pompadour (Max Linder) cumple fidelísimamente la que parece ser su única misión en la vida: divertirse, pero divertirse estrepitosamente, infiriendo hondas brechas en el bolsillo de su tío el Marqués en cuya compañía y a cuyas expensas vive en un suntuoso Hotel.

En el momento en que comienza esta comedia, el Conde se dispone a volar en pos de la felicidad que aquella noche, como todas, le aguarda en Montmartre, ese verdadero Paraíso terrenal donde las horas parecen minutos y los billetes de mil francos tienen menos valor que los de tranvía, aunque sean capicúa.

Peró el proyecto del divertido aristócrata tropieza con un obstáculo. Su tío el Marqués ha

puesto ya pies en pared harto de tanta «juerga» y de pagar tanta minuta escandalosamente abusiva, y, aparte otras determinaciones, ha confiado a Ezequiel, el ayuda de cámara del Conde, la misión de impedir a toda costa las salidas nocturnas de éste.

El Conde sabe que a partir de aquella noche, para la que él ha dispuesto, precisamente, un programa tentador, está condenado a reclusión, que es forzoso quebrantar, sea como sea y cueste lo que cueste.

Y al marcar el reloj la hora convenida para poner en práctica su plan, surge dé entre las sombras de su dormitorio, pasa al cuarto de vestirse, donde dormita Ezequiel custodiando el armario ropero y después de proveerse de una *browning*, por si el ayuda de cámara opone alguna resistencia intimidarle, da a éste un golpecito en el hombro y le dice:

—¡Mi frac! ¡Mi chistera! ¡Mi sobretodo!... ¡O te destapo el puchero ese que tienes sobre los hombros!

—El señor Conde me perdonará—le responde Ezequiel,—pero el señor Marqués me ha ordenado, terminantemente, que no deje salir al señor Conde...

Ante esta respuesta, que implica el propósito de cumplir las instrucciones recibidas, Max apela al elocuente argumento de la pistola, apuntando a Ezequiel al tiempo que le dice:

—Pues yo te mando, más terminantemente aún, que me obedezcas.

El ayuda de cámara no se hace repetir la intimidación; deja franca la puerta del ropero y hasta se apresura a colocar sobre los hombros del Conde, el frac, tan azorado, el pobre servidor, que se lo pone con el colgador y todo, y cuando el Conde, chistera en ristre y con el abrigo al brazo, se dispone a tomar las de Vi-

lladiego, su tío el Marqués, que no se las tiene todas con él, hace su aparición.

Max, al verle, no puede contener un:

—¡Capicúa!—que es todo un poema.

El tío no es el ayuda de cámara ni mucho menos y con él no valen réplicas ni excusas.



—¡Mi frac! ¡Mi chistera! ¡Mi sobretodo! ¡O te destapo el puchero ese que tienes sobre los hombros!

Además, en su cara se refleja que es portador de un humorcito, que, de ser herpético y de tenerle en las piernas, no le permitiría dar un paso

El Marqués se encara con su sobrino el Conde, que ha retrocedido a su presencia, y después de despojarle del sombrero de copa y de echar una mirada a Ezequiel más elocuen-

te que muchos discursos parlamentarios, exclama:

—La vida de juerga continua ya ha durado bastante. No saldrás de aquí como no sea para casarte con una de las tres hijas de Elena, la viuda de Roulette.

—¡Pero tío!—arguye Max.—¡Ya sabe usted lo que dice el vulgo!... «Las hijas de Elena...»

—Además, me niego en absoluto a satisfacer deudas de este género..

Y acompañando la acción a la palabra, pone ante los ojos de su sobrino una factura del Restaurant «Montmartre», impórtando la friolera de ciento doce mil, seiscientos cinco francos, de los cuales más de cien mil son por daños causados en el local, figurando entre ellos una bofetada al Maître de Hotel, tasada en la modesta suma de cinco francos.

Con motivo de esta cuenta se entrega el Marqués a una serie de consideraciones que aprovecha Max para evadirse, llevándose, en su azoramiento, en lugar de la chistera, un canasto de flores que hay sobre la mesa de su habitación.

Su paso por los corredores del Hotel con tan extraño cubre-cabeza da lugar a que le paren y le entretengan, retrasando su fuga lo suficiente para que, apercibido de ella el Marqués, salga en su busca y le alcance, reintegrándole, poco menos que a empujones, a su habitación, y una vez en ella le despoja del frac, como medida suprema para impedir su salida y después de repetirle la catilinaria de antes, se va, llevándose el frac.

Pero tras él, siguiendo todos sus movimientos y guareciéndose de vez en vez en los huecos de las puertas para no ser visto por su tío si vuelve la cabeza, sale el Conde en mangas

de camisa, dispuesto a todo menos a dejar de ir aquella noche a Montmartre...

¡Ya está en libertad!...

Su tío ha ido a encerrarse en su habitación muy convencido de que a él no se la da nadie...

Mas, ¿cómo resolver el problema de la indumentaria?

El Conde cree haber encontrado una solución, pero para ponerla en práctica necesita ser «botones» por unos instantes, a cuyo fin solicita de uno de los del Hotel que le preste su casaquilla y su gorro, cosas ambas a las que no accede el interesado.

Verdaderamente la situación no se presenta muy de color de rosa y los minutos corren que es un primor y Montmartre debe estar como ascua de oro...

Todos estos pensamientos son nuevos incitativos para el Conde, que piensa, vacila y no ve solución.

Es decir, sí la ve. Colgados en el pestillo de una puerta hay unos pantalones y Max, en un instante de inspiración, se lanza sobre ellos, exclamando mientras se los pone a guisa de guerrera:

—¡No siempre se han de llevar los pantalones en las piernas!

Y aquella prenda, hecha para un uso tan distinto, queda adosada al cuerpo del Conde, pareciendo, vista muy a la ligera, la chaquetilla de un «groom».

Pero le falta el gorro; ¿cómo hacerse con él? Para Max de Pompadour no hay nada irrealizable y segundos después queda ultimado su indumento gracias a un maravilloso escamoteo del casquete de un «botones», que sale corriendo al sentir que se le va el gorro de la cabeza sin saber cómo ni por dónde.

Y ya tenemos a «Periquito hecho fraile», es

decir, ya tenemos al inquieto Conde Max de Pompadour transformado en «groom».

Ahora falta saber qué es lo que se propone hacer con ese disfráz, pues no es de presumir que piense presentarse así en Montmartre.

Como el tiempo apremia la incertidumbre dura poco.

El Conde, después de dar una vuelta por los salones sin que nadie pare mientes en su extraño atavío, se encamina al guardarropa, donde «botones» se ocupa de despojar de sus abrigos y de sus sombreros a las damas y a los galanes que van llegando, que es precisamente el cargo que Max necesita desempeñar para el logro del fin que persigue.

Mas como aquel otro niño constituye un estorbo hay que deshacerse de él y el Conde se deshace, ¡vaya si se deshace!

—Sube a ver si está en su habitación el Conde Max de Pompadour, — le dice.

Y el otro incauto sube, dejándole libre el campo, que es lo que se trataba de demostrar.

En cuanto se ve solo empieza a actuar, poniendo en el desempeño de su improvisado cargo toda la finura de que es capaz un hombre de sus prendas.

A tal extremo llega en sus amables oficiosidades, que está a punto de provocar un incidente con un marido de esos que no pasan por movimiento mal hecho.

Este parroquiano ni ninguno de los que le siguen sirven al Conde para su plan. Pero como todo llega en la vida, al fin hace su aparición un sujeto cuya sola presencia hace exclamar al Conde, claro que con sordina, pues no es cosa de darle dos cuartos al pregonero:

—¡Este es mi hombre!

Y su hombre es un inglés rectilíneo, flemático, de esos que parece que al andar lo hacen

merced a un aparato de relojería que llevarán dentro.

El inglés se acerca al «groom» y sin estremerse, como un autómeta, le ofrece sus hombros para que le despoje del abrigo.

Pero no es sólo del abrigo de lo que le despoja el Conde. Juntas con las solapas del so-



A tal extremo llega en sus amables oficiosidades, que está a punto de provocar un incidente...

bretodo empuña las del frac y como el mismo trabajo cuesta tirar de una prenda que de dos, y más si, como las del inglés, son bien holgadas, en menos que se dice le deja en mangas de camisa... y tan fresco.

Tan frescos el inglés y el Conde. El inglés porque sin darse cuenta del despojo de que

acaba de ser víctima sigue «hall» adelante, impertérrito, como una estatua viviente, y Max apenas consumada su hazaña se despoja de los pantalones que le han servido de disfraz y embutiéndose materialmente en el usurpado frac, que parece de un tío suyo y encasquetándose la chistera del otro, que le está un rato grande, sale como alma que lleva el diablo, camino de Montmartre, donde ya le aguardan extrañados de su tardanza, un amigo y una amiga del amigo.

En tanto el inglés ha recorrido de un extremo al otro el «hall» del Hotel y ha tenido ocasión de deshacerse, mediante otros tantos movimientos de brazo, de los tres empleados que han intentado cortarle el paso invitándole o a vestirse o a marcharse...

Jadeante y sudoroso, sí que también hecho una verdadera máscara, llega el Conde Max de Pompadour a Montmartre.

Y llega dispuesto a ganar el tiempo perdido. Para ello lo primero que hace es reclamar su parte a la linda compañera de mesa, que su amigo parece querer monopolizar, cosa de la que Max protesta con cómica indignación entregándose acto seguido a un flirteo harto elocuente, en el que las manos juegan principalísimo papel, como también los pies, con los que el azar le ha hecho tocar algo que su instinto le dice que es una linda extremidad femenina, cuyo contacto no es cosa de perder.

Así, mientras de cintura para arriba parece pertenecer por completo a la amiga del amigo, que por lo visto también lo es suya, explora el terreno con la pierna derecha buscando que le den el pie... para despues él tomarse la mano.

Pero en esta ocasión no es el pie, precisamente, lo que le dan, sino un pinchazo con un

tenedor, harto elocuente, claro que el pinchazo, y harto desilusionador.

Y sigue el flirteo, ahora ya nada más que por todo lo alto.

Porque así lo requiere el trabajo con hachas encendidas que está efectuando un malabarista, la sala queda un momento a oscuras y cuando de nuevo se hace la luz se ve que el Conde ha sido objeto, durante las finieblas, de una broma un tanto pesada y también se ve que él no había perdido ni el tiempo ni la ocasión de «operar» sin ser visto.

El amigo y su compañera han cambiado de sitio y la mano que el Conde estruja entre las suyas y cubre de besos no es una mano femenina, sino la muy varonil de su camarada, que ríe estrepitosamente al verse acariciado con tan arrebatadora pasión.

De esta o de manera parecida se deslizan los minutos y las horas hasta que el reloj de Montmartre, del que cabe pensar que no debe marchar muy en desacuerdo con sus congéneres, marca las siete de la mañana.

En el establecimiento sólo quedan, aparte del encargado y de unos cuantos servidores, el Conde y su amigo, quienes, medio dormidos bajo los efluvios del champán, se juegan a los dados el importe de la juerga, ocultos tras una verdadera trinchera de botellas del espumoso vino, vacías.

Como en la casa ya les conocen y saben cómo las gastan (y también cómo las pagan), el encargado ordena a un camarero, especialista en la materia, que les eche:

—Despacha, con buenas formas, a ese par de pelmazos—le dice.

Y el camarero, que en eso de las formas no debe saber distinguir muy bien las buenas de las malas, les coloca sobre las desvanecidas

cabezas las abolladas chisteras, hace presa en ellos por los cuellos de los respectivos fraques y, medio arrastra, les lleva hasta la puerta de la calle, a la que les lanza tan violentamente, que les hace dar una vuelta sobre sí mismos.

Pero ambos quedan sentados el uno junto al otro, continuando, como si aquella despedida, con tan buenas formas, no fuera con ellos, su empeñada partida de dados.

—Tú has perdido—dice por fin, a Max, su amigo.

Entonces el Conde echa mano a uno de los bolsillos interiores de aquel frac, que no es suyo, y sacando de él una cartera repleta de billetes, propiedad del dueño de la prenda, se la da a su camarada, diciéndole:

—¡Guárdatelo todo!... ¡Así como así, no es míol...

El sol que ya alumbra y calienta aquella escena, contempla con sonrisa burlona cómo aquellos dos seres logran enderezarse y emprender el camino de sus respectivos domicilios.

No haciendo «eses», como vulgarmente se dice, sino haciendo todo el abecedario, llega Max frente al Hotel, al que da acceso una puerta giratoria, que no es la cosa más a propósito para recibir a un hombre en tan lastimoso estado.

En efecto, previas algunas dudas y vacilaciones, logra que la puerta le coja, no muy amorosamente, entre sus hojas y, después de darle unos cuantos vaivenes, le deje de nuevo a la intemperie.

Mas no lo cree así el Conde. En su absurda borrachera piensa estar ya dentro del Hotel, si bien le extraña no ver por allí ni a un criado para un remedio.

Con paso vacilante sigue andando por lo

que cree el «hall» y que no es otra cosa que la vía pública, hasta que la irónica casualidad le coloca frente al escaparate de un almacén de muebles lindante con el Hotel, a través de cuya nítida luna se ve un dormitorio verdaderamente tentador.

El Conde contempla aquel lecho procurando abrir los ojos todo lo que le permite su estado y al cabo, convencido de que aquél es su cuarto, al que supone haber llegado, sabe Dios cómo y por dónde, exclama, dando un suspiro muy hondo:

—¡Anda, pero si estoy delante de mi cuarto! ¡Gracias a Dios!

Pero como si aquella cama jugase al «Triqui» con quien tanto la ansía, el Conde quiere llegar a ella y no puede; algo, que él no sabe lo que es, se lo impide. Ese algo es el cristal.

Por fin, en uno de sus bandazos, va a parar junto a la puerta de entrada a la tienda, por la que logra penetrar al cabo para tomar posesión, momentos después, del mullido lecho.

La aparición de aquel hombre en tan extraño lugar brinda un curioso espectáculo a los transeuntes. Mientras el Conde duerme la mona, ageno a cuanto le rodea, la multitud va congregándose frente al escaparate.

La risa es general, y la chacota alcanza, por lo menos, el grado de coronel.

Chicos y grandes, percatados del graciosísimo error en que ha incurrido aquel señorito beodo, se divierten a su costa haciendo alto en su camino para ver en qué para tan graciosa aventura.

El Conde de vez en vez abre los ojos y mira, sin ver lo que mira y, sobre todo, sin darse cuenta de lo que ve, a aquel gentío que le contempla burlonamente.

Y así, hora tras hora, dan las diez de la mañana.

El tío de Max, en su habitación, se dispone a subir a la del joven, siendo portador de los retratos de las tres hijas de la viuda de Roulette.

¡Menuda sorpresa le aguarda al confiado Marqués de Pompadour!

—¿Dónde está mi sobrino? — pregunta al asustado ayuda de cámara.

—El señor Conde salió anoche detrás del señor Marqués—le contesta Ezequiel.

El Marqués no quiere oír más; no quiere saber más. Sube a su cuarto, requiere abrigo y sombrero y se lanza a la calle.

El Conde, en uno de sus instantes de lucidez, de relativa lucidez, creyendo que aquel cuadro que se ofrece a sus ojos a través de la luna del escaparate es obra de su calenturienta fantasía, llamando así a la estrepitosa papalina de que es portador, musita:

—¡Pues sí que la cogí anoche menuda! ¡Todavía me dura!

Apenas pone el pie en la calle el Marqués de Pompadour tiene ocasión de oír un breve comentario que es toda una revelación.

Un individuo que se cruza con él, queriendo, oficiosamente, explicarle el porqué de aquel gentío que se ve estacionado frente al escaparate, le dice, sin que nadie se lo pregunte:

—Es un borracho que se ha instalado tranquilamente en el almacén de muebles.

Ante esta noticia el Marqués se lo imagina todo; su corazón no puede engañarle.

Y, en efecto, no le engaña.

Luchando como puede logra abrirse paso por entre el grupo de curiosos, alarga la cabeza, ve al Conde y se lanza al interior de la tienda.

El tan esperado desenlace de aquel pasillo cómico ha llegado. Los grandes ríen satisfechos y los chicos palmotean de gusto.

El Marqués arroja a un lado las ropas de la cama, obliga a Max a incorporarse, lo que éste efectúa con gran dificultad, aun cuando no tiene tanta para empuñar la pequeña lámpara de noche y llevársela a la boca como si fuera una copa de licor, y sale con él a la calle entre la rechifla unánime.



El Marqués obliga a Max a incorporarse, lo que éste efectúa con gran dificultad,...

Empujando el tío y arrastrándose el sobrino llegan a la habitación de éste. Apenas en ella, el Conde se deja caer en su cama, que aquella sí lo es, pero como el Marqués está decidido a que le vea y le oiga, apela al recurso supremo de suspenderle de un perchín por el colgador del frac, única forma de que se tenga un poco derecho y abriéndole con sus propios dedos los párpados, le muestra los tres retra-

tos entre los que ha de elegir esposa, conmi-
nándole con el siguiente anatema:

—¡Tu vida de escándalo ha terminado hoy!
O te casas con una de las tres señoritas, de las
que te entrego los retratos, o te desheredo y
además te pongo en el arroyo.

*
*

Ya por la tarde, después de haber hecho la
«digestión» del champán, el Conde, a solas en
el jardín, medita sobre lo que más le conviene.

Y por fin, pensando en los argumentos tan
contendientes aducidos por su tío, se decide a
elegir entre la terna de candidatas a su mano.

Una y otra vez contempla los retratos y una
y otra vez no sabe por cual de las tres hijas
de Elena decidirse.

De pronto tiene una idea.

—¡Nada; es lo mejor! ¡Voy a «cazar» novia a
tiro de revólver! ¡Me casaré con la que «caiga»!

Y uniendo la acción a la palabra coloca los
tres retratos en el respaldo de una silla; em-
puña el arma «retraticida»; mide la distancia...
y saca el pañuelo para vendarse los ojos, a fin
de que sea la suerte la que decida.

Hallándose precisamente en esta operación
surge una joven rubia, la cual, al ver a aquel
hombre que parece disponerse a jugar él solo
a la gallina ciega, queda sorprendida y silen-
ciosa.

El estampido de un disparo la saca de su
asombro, le hace lanzar un grito y caer al sue-
lo como herida en mitad del corazón.

Pero el verdaderamente asombrado es el
Conde. Asombrado, primero, por aquella ines-
perada aparición, a la que cree haber hecho
víctima de su imprudencia, y después por la
belleza de la muchacha.

Esta, afortunadamente, no tarda en volver
en sí.

—¡Cielos!... ¡Pues sí que he «cazado»!—ex-
clama el Conde.

—No, no estoy herida—le dice la descono-
cida.—Me caí del susto.

—Pues señorita, mi suerte está echada. Yo
me había jurado casarme con la que «cayese»...
y usted es la que ha «caído» precisamente.

A estas frases sigue un momento de silencio...
bastante elocuente, tanto que el Conde se
aventura a preguntar:

—Pero... ¿Y cuándo volveré a verla?

—Vaya usted esta noche al Circo Buffalo—
le contesta la rubia al tiempo de alargarle su
mano en son de despedida.

Max, loco de contento por la aventura, lan-
za al aire los tres retratos de las hijas de Rou-
lette y, dando saltos de alegría, como chico
con zapatos nuevos, corre en busca de su tío.

Apenas se tropieza con él en el «hall» del
Hotel le dice:

—¡Ya he encontrado la novia con que soña-
ba! Venga usted esta noche conmigo y se la
presentaré.

Llegada la noche el Marqués se deja condu-
cir por el Conde su sobrino, quien le lleva al
Circo Buffalo.

Una vez instalados en sus localidades Max
busca por todas partes, con la vista, a la bella
aparecida, pero la *aparecida* no *aparece* ahora
por parte alguna.

—¡Nada, que no la veo! ¡Me ha tomado el
pelo!—dice por fin el Conde.

El pensamiento de Max vuela en busca de
la linda rubia, a la que juzga perdida apenas
encontrada.

Por eso no se entera de las filigranas que
ejecutan en distintos aparatos una pareja de



—¡Chitón!— le dice Ketty—. Venga a verme mañana a la hora del ensayo.

gimnastas, hembra y varón, rubia ella, precisamente, y tan linda como feo y desagradable es su compañero, sin que ello le impida ser un buen artista.

Mas el Marqués, que sigue atentamente el espectáculo, asombrado por las proezas que está realizando la pareja de trapeceistas, da unos golpecitos con el codo a su sobrino, para llamar su atención, y le dice:

—Max, mira qué número de tanto mérito.

—Déjeme usted a mí de titiriteros!—le responde el Conde; pero, sin quererlo, sus ojos van a fijarse en los artistas.

Max queda un momento como petrificado: se restriega los ojos y al cabo exclama, extendiendo los brazos como si pretendiera alcanzarla con ellos:

—¡Es ella! ¡Ella!

A partir de este instante su nerviosidad va en aumento. Es tal el estado de su ánimo que apenas se entera de la conminatoria réplica de su tío:

—¡Antes quiero verte muerto que consentir que un Pompadour se case con una «titiritera»...

El Conde, en el paroxismo de la emoción, sigue con todo el cuerpo los movimientos de la artista, haciendo víctimas de su inquietud a cuantas personas tiene cerca de él.

Cada movimiento un poco arriesgado de Ketty, que tal es el nombre de la fascinadora rubia, arranca una exclamación del pecho de Max:

—¡Que se cael...

—¡Que se mata!...

En cuanto termina el número, el enamorado Conde abandona su asiento, lanzándose, sin respeto a nada ni a nadie, en busca de la artista.

A la puerta del cuarto de ésta, uno de los servidores del Circo aguarda para entregarle un ramo de flores, obsequio de un admirador, ramo del que se aprovecha Max, no sólo para entrevistarse con Ketty sino para obsequiarla... a cuenta de otro.

En el «camerino» de Ketty se halla Osbaldo, su compañero de trabajo, que la persigue asídua e infructuosamente, con sus pretensiones amorosas.

Max, que se siente triunfador en el corazón de la muchacha, se permite una ligera ironía con su rival, que desde aquel momento pasa a ser enemigo irreconciliable suyo.

—¡Chitón!—le dice Ketty—. Venga a verme mañana a la hora del ensayo.

Hagamos gracia a nuestros lectores de la impaciencia con que Max de Pompadour ve transcurrir el resto de aquella noche, y amanecer el siguiente día, aguardando el instante de la cita.

Con una puntualidad realmente cronométrica se encamina al Circo Buffalo, penetra en él, como si fuera su propia casa y llega hasta la pista.

Ketty ejercita sus músculos en el trapecio.

Apenas se apercibe de la presencia de su adorador, desciende, haciendo una graciosa pirueta y se dispone al flirteo, más agradable siempre para una joven de su edad y de su hermosura, que los trabajos gimnásticos, por muy beneficiosos que sean.

Pero Osbaldo acecha y sorprende el idilio, y como conoce el modo de pensar del director de la compañía y padre de su adorada, le va con el cuento.

El buen señor, cuya cara no es de las más tranquilizadoras que digamos, se dispone en

el acto a cortar por lo sano y se encamina al lugar del suceso amoroso.

Ketty, al ver a su padre, se aparta bruscamente del Conde y éste, creyendo colocarse a la altura de las circunstancias, hace su auto-presentación:

—Tengo el gusto de presentarme a usted—



Ketty ejercita sus músculos en el trapecio. Apenas se percibe de la presencia de su adorador,...

dice al padre de Ketty—. Soy el CondeMax de Pompadour, y me permito el honor de pedirle la mano de su hija Ketty...

—Sepa, señor mío—le responde el padre de la joven,—que a mí no me deslumbran los blasones. Mi hija sólo se casará con un artista como ella. ¡Es tradición de familia!

Y cogiendo a su hija por un brazo, se aleja con ella dejando al Conde hecho una pieza.

Max vacila unos instantes sin saber qué partido adoptar y por último decide marcharse prudentemente.

Pero no es cosa de alejarse sin dar el último adiós a aquella mujer, cuya posesión ha sido el sueño de una noche, y no de verano, precisamente.

Ketty le sale al encuentro y, depositando entre sus manos un librito que acaba de hojear en el despacho de su padre, le dice:

—Si es verdad que me quiere, ahí tiene la solución.

Y mientras se aleja el Conde con paso indeciso, fija sus ojos en la portada del pequeño v olumen y lee:

*Manual del
perfecto acróbata*

Las intenciones y los deseos de la joven no pueden estar más claros. Ketty quiere que el Conde se haga artista para que se coloque en condiciones de optar a su mano.

A su vez Max, que está enamorado, sinceramente, de la muchacha, adopta la heroica resolución de dar de lado a sus pergaminos, consagrándose, en cuerpo y alma, al estudio práctico del Manual.

Para ello, apenas llega al Hotel, requiere la ayuda de Ezequiel, su complaciente servidor, con cuya complicidad se provee de cuantos útiles juzga necesarios para dar principio al curso de acrobatismo doméstico.

Y acto seguido se consagra al estudio teórico-práctico de cuantos trucos constituyen la difícil profesión de acróbata.

Pero da la casualidad de que en la habitación de debajo de la suya, otro huésped del Hotel se revuelca sobre el lecho, víctima de una

jaqueca enorme, tan enorme, que parece que se le parte el cráneo, según él mismo dice.

A los primeros trompicones del iluso equilibrista, el enfermo, presintiendo que se avecina una série fatal para él, de porrazos, encarga a la camarera que suba a decir al vecino que tenga la bondad de andar en pantuflas.

¡Sí, para andar en pantuflas está el Conde Max!

El hombre de la jaqueca sigue engullendo sellos de aspirina, cuya eficacia se estrella ante los trastazos que se oyen en la habitación de encima.

Y es que el Conde continúa impertérrito poniendo en práctica lo mejor que le es posible (y hay que reconocer que no le acompaña la suerte) las enseñanzas del «Manual del perfecto acróbata».

Todos los ejercicios terminan indefectiblemente dando con su cuerpo en tierra de mala manera y aumentando la tortura del desgraciado del piso inferior.

El Conde lo intenta todo y todo le sale mal; la barra fija, valiéndose de una escalera, un perchero y el plumero de limpiar los techos, cuyo palo se quiebra, como es natural, a las primeras de cambio...

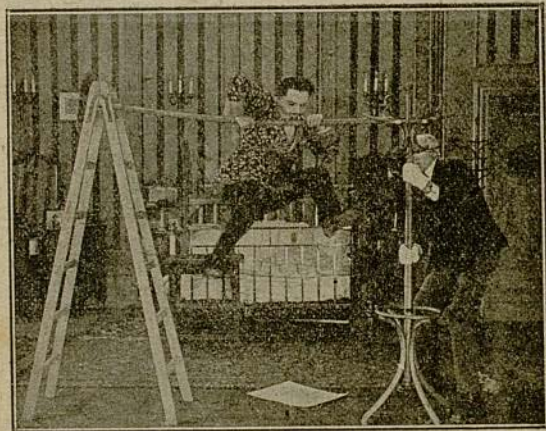
Pero donde culmina la intrepidez del enamorado Pompadour, es en la maroma tirante, ejercicio para el que se vale de una cuerda cuyos extremos ata a la escalera y a la llave del armario de luna, que viene a tierra, con enorme estrépito, apenas el Conde deja sentir el peso de su cuerpo sobre el improvisado aparato.

El golpe repercute en el piso inferior y, lo que es peor aún, en la cabeza, enferma, de su desventurado ocupante. El enlucido del techo empieza a desprenderse sobre la cama del enfermo y la lámpara del centro de la habitación inicia un baile hartó sospechoso.

El pobre hombre, que ha agotado ya toda la aspirina de que disponía, mira al cielo... raso, con ojos de angustia infinita y exclama:

—Yo no sé qué muerte será peor, ¡si de jaqueca o aplastado!

Coincidiendo casi con esta lamentación, se oye un nuevo trompazo superior a todos los anteriores. Es que el Conde acaba de desplomarse desde lo alto de una pirámide formada con cuatro o cinco mesas.



...valiéndose de una escalera, un perchero y el plumero de limpiar los techos, cuyo palo se quiebra...

La lámpara ha venido definitivamente a tierra y el paciente, en el paroxismo de la desesperación, sale de su cuarto, como un loco, en busca de su desalmado vecino, dispuesto a comérsele crudo, si le dejan.

—¿Dónde está ese asesino?... ¡Que le mate!

—va gritando por los pasillos del Hotel.

La entrevista entre martirizador y víctima es

brevísima, porque el Conde, viendo el pleito mal parado, pone pies en polvorosa.

Huyendo de su perseguidor va a guarecerse precisamente a la habitación de éste buscando refugio entre las ropas de la cama.

A poco entra en su cuarto de nuevo el hombre de la jaqueca, quien creyéndose libre de su molesto vecino, se tiende sobre el lecho, suspirando, materialmente, un anhelo:

—¡A ver si ahora puede ser que descanse un



—¡A ver si ahora puede ser que descanse un poco!...

poco!...

Pero no puede ser. Apenas ha caído sobre la cama, el Conde empieza a moverse, obligándole, primero, a incorporarse, contra su voluntad, y después a echar pie a tierra, pues la cama se hincha, al parecer, de manera alarmante.

El enfermo mira todo aquello con ojos de espanto.

—¡Pues, señor! ¡A estos colchones se les hincha la lana o a mí se me hincha la cabeza! —exclama aterrorizado, mientras oprime, con ambas manos, una y otra vez aquella promiscua, que al cabo se resuelve de una vez, dejando ver, por los pies de la cama, un par de zapatos adheridos a un par de piernas completamente masculinas.

El enfermo se da cuenta de todo y sale en busca de auxilio, pero entretanto, el Conde abandona su incómodo refugio y cuando entran sus perseguidores, él sale de la habitación encerrándoles por fuera.

—¡Será posible que con esta agilidad yo no sirva para artista de Circo!—exclama una vez que se ve libre en el pasillo.

Y, firme en sus trece, sigue hojeando el Manual.

Sus ojos se paran ante la lámina que representa la espiral de la muerte, ejercicio que consiste en descender por una rampa o escalera, montado en una bicicleta. Y ¡oh, manos del destino! Allí, al alcance de su brazo, hay una bicicleta y allí está también la escalera del Hotel, que parece hecha que ni de encargo para romperse la crisma.

Max, no sin vencer algunos pequeños obstáculos, logra colocar sus posaderas sobre el sillín de la máquina y, veloz como el pensamiento, se lanza escaleras abajo, en desenfundada carrera, cruza el «hall», sin causar víctimas, afortunadamente, y va a parar al guarda ropa que se desploma sobre él, sepultándole bajo las prendas depositadas allí para su custodia.

Al cabo de un rato surge incólume, con el «Manual del perfecto acróbata» abierto por el Capítulo XIII, que es el de «las planchas».

—¡Lo que es este capítulo me lo sé de corrido!—dice Max; y vuelve la hoja.

Convencido de que no le lleva Dios por el camino de acróbata, el Conde se dirige al Circo a comunicar a su adorada Ketty el evidente fracaso.

—¡Ketty, tendré que renunciar a tu mano!— le dice— ¡Soy incapaz de saltarme un papel de fumar!

—¿Por qué no te haces domador de pulgas?—le responde la joven—. Mira, aquí viene un anuncio.

Y le muestra un periódico en el que se lee lo siguiente:

«Se venden pulgas amaestradas. Dirigirse a la señora Sanglin, calle de Lepe, 25.»

—¡Pues voy volando a ver qué pulgas tiene esa señora!—exclama Max, que cree eliminada ya la dificultad que se opone a su proyectado enlace.

Y tan firmemente lo cree que antes de marcharse tiene la osadía de ofrecerse al padre de Ketty como domador, anunciándole que más tarde le presentará su número.

Con esta ilusión llega a casa de la domadora, a la que sorprende en pleno ejercicio de su paciente profesión.

Como la señora Sanglin no es mujer capaz de engañar a nadie, ni siquiera a las pulgas, muestra a su visitante las habilidades de una nube de los pequeños insectos.

Convenida la compra, la vendedora aconseja al comprador que lleve bastantes, pues suele haber deserciones, según le dice, y coloca las pulgas, en número de un par de millares, en una cajita de cartón, el Conde paga, guarda su mercancía y váse.

Cuando llega al Circo ya ha dado comienzo la función. El director no está y tardará un rato en volver, según le asegura el clown «Ton-

tolín» quien, para evitarle lo aburrido de la espera en el pasillo, le invita a salir al público.

Max acepta, pero a poco de ocupar su localidad, nota que entre los espectadores se inicia un malestar que va siendo cada vez más intenso y más dilatado.

—¡Caracoles! ¡Todo el mundo se rasca!—dice para sus adentros el Conde.

Y sospechando lo que ocurre saca del bolsillo la cajita, la abre y ve con espanto que ha desertado el ejército en masa.

—¡Ni una para un remedio!—exclama con el mayor desconsuelo.

Tratando de remediar el mal, al menos en parte, se dedica a la caza de sus «fieras» que pululan a sus anchas sobre aquella masa humana.

Pero aquella cacería no logra evitar que al cabo de un momento artistas y público se revuelquen y no de risa precisamente.

Entonces interviene Osbaldo, que acechaba la ocasión de meterse con su rival de mala manera.

—¡Salga de aquí inmediatamente!—le dice— ¡Buena la ha hecho usted!

Mas el pretendiente de Ketty no se limita a expulsar del local al Conde. Antes quiere hacerle sentir el peso de sus puños y se dispone a darle una lección práctica de boxeo, es decir, una soberana paliza.

El Conde, impelido, bien a pesar suyo, a aquel desigual combate, tiene una idea peregrina, como suya. Mientras Osbaldo se despoja del abrigo con que cubre su traje de trabajo, Max vuelca sobre él las pocas pulgas que ha logrado rescatar, las cuales en el momento oportuno y como si obrasen conscientemente, empiezan a molestar al boxeador, dejándole casi impotente, a fuerza de picotazos, para el

ataque y, lo que es peor aún, para la defensa.

El desigual combate es presenciado por «Tontolín» y los otros clowns que odian al engreído Osbaldo, reflejándose en sus rostros la complacencia con que ven que la arrogancia del artista va camino de abatirse ante la acometividad del aristócrata.

Ketty también observa y se solaza igualmente de que Osbaldo lleve la peor parte.

La lucha termina al cabo con la completa derrota del hasta entonces tenido por coloso, cuyos despojos son conducidos por los clowns en alegre comitiva, a la sala de reparaciones, o sea, al bar del Circo, dando en el acto comienzo los trabajos para hacerle reaccionar.

El Conde, en tanto, es felicitado por Ketty a la que se le ocurre el siguiente comentario, que es toda una revelación:

—Cuando mi padre sepa que has vencido a Osbaldo puede que lo piense mejor.

Y mientras parte de los clowns se consagran a prestar sus auxilios al vencido, «Tontolín» refiere a su director la épica hazaña del aspirante a la mano de su hija.

Este hombre, tan fiero al parecer, se aproxima sonriente al Conde y, tendiéndole la mano, en son de paz, le dice:

—Ya sé que ha vencido al coloso Osbaldo. ¡Estoy viendo en usted un boxeador formidable!

Max se limita a responder tímidamente:

—Del número de que hablé a usted no hay nada. ¡Mis «fieras» se han evadido!

—No sienta la menor contrariedad por ello —le contesta el director—. Yo tengo la solución.

Y la solución es el fiero león «Bruto» que se agita impaciente en su jaula y del que cuentan

los bien enterados, que se ha comido a dos domadores.

—¡Este tío es el único para arreglar cuestiones! —dice Max por todo comentario.

Pero la providencia, en forma de payaso, acude en su ayuda.

Al clown «Tontolín» le había sido simpático el Conde desde el primer instante y acercándose a él, que permanece ensimismado contemplando a la fiera, le dice:

—No se apure. Tengo una idea.

La idea de «Tontolín» consiste en vestirse él de león, pasar por «Bruto»... claro que sin serlo mucho, y prestarse al lucimiento del domador.

—«Tontolín», ¿es usted mi padre! —exclama Max, estrechando contra su corazón a su humanitario salvador.

Convenido todo para la suplantación, el Conde ensaya con el supuesto Rey de la Selva, que obedece sus mandatos con precisión maravillosa.

En vista del éxito de la prueba, se conviene la fecha del debut y se anuncia este a bombo y platillo.

La presentación de un Conde en calidad de domador de leones y de un león tan tristemente célebre como «Bruto», hace gemir las presas y pone en conmoción a toda la ciudad.

La noche señalada para tan fausto acontecimiento, el Circo Buffalo está rebosante de público.

En el «camerino» del heroic Pompadour, los inevitables «chicos de la Prensa» le asedian a preguntas.

El Conde, dándose una gran importancia, contesta a todas ellas, exagerando el valor de la acción que va a realizar.

En un momento de distracción de sus inter-

viuadores, se encamina a la jaula en que aguarda la fiera, para cerciorarse de que es «Tontolín» y no «Bruto».

Comprobado este importante extremo, regresa a su cuardo, no sin haber dicho antes al supuesto león:

—¡Bueno! ¡Ya sabes! ¡No vayas a meter la garra!

Pero Osbaldo ha descubierto el truco y mientras el Conde ultima los detalles para su presentación, el celoso artista obliga a «Tontolín», bien contra su voluntad, a salir de su encierro y una vez logrado esto, hace pasar a la jaula al auténtico «Bruto», el devorador de domadores.

Y como todo llega en la vida, llega el momento de la exhibición del Conde con la fiera, de fama terrible.

Max penetra en la jaula con una decisión escalofriante.

En medio de la general admiración el león obedece al domador con la docilidad de un perro.

El Conde está dentro de la jaula como podría estar en el salón de tertulia del Casino.

Uno de los más asombrados es Osbaldo, que esperaba algo bien distinto.

El número se desliza con precisión encantadora.

Pero de pronto...

De pronto hace su aparición «Tontolín», dando vueltas en torno de la jaula para prevenir al Conde del peligro que corre.

—¡Eh! ¡eh! ¡Tenga cuidado que no soy yo!— le dice.

Max, abstraído por el éxito de su debut, no para mientes en nada de cuanto le rodea.

—¡Por Dios, señor Conde, que es el león de verdad!—vuelve a decir el clown, procurando

no ser oído más que por el interesado, que tampoco esta vez oye la advertencia.

Por fin Max se fija en «Tontolín», que le dice:

—¡Que es bruto! ¡Que yo estoy aquí!

Ante tan sorprendente revelación, las piernas del Conde flaquean.

—¡Abrete, tierra, y trágamel!—dice al pensar que está frente al propio «Bruto» en *persona*.

Y lo que había dado comienzo y se había deslizado de manera tan gallarda, termina un poquito desigual.

Verdaderamente, la hazaña de Osbaldo clamaba venganza y de ella se encarga el propio león que, apenas ve abierta la puerta de la jaula, sale tras él, le persigue hasta su cuarto donde, previa una lucha desesperada, termina por devorarlo tranquilamente.

Hecho esto, la fiera pasa al camerino del Conde, visto lo cual por el padre de Kitty le hace exclamar:

—¡Pobre Max! ¡Se le va a engullir de postrel!

Pero al cabo de unos momentos de angustiosa incertidumbre aparece Max arrastrando prosopopéicamente la piel del león.

En todos los semblantes se refleja el asombro que produce tanta valentía, asombro que sube de punto al decir el Conde, con la más natural de las naturalidades:

—¡A ver! ¿Quién me trae un mondadientes?

¡Se ha comido el león!—piensan todos.—¡No cabe duda!

Entonces el padre de Kitty, impelido por una fuerza irresistible, se acerca al grupo que forman el Conde y su hija, coje a cada uno con una de sus manos, los arrastra, materialmente, hasta el centro de la pista, en medio de una ovación clamorosa, y dirigiéndose al público, exclama:

—¡Señoras y señores! ¡Vista la proeza que el

domador Max de Pompadour acaba de realizar, le proclamo y le presento como el Rey del Valor... y como mi yerno!...

En tanto «Bruto», el auténtico «Bruto», que no es tan fiero como la gente le pinta, se da un pequeño banquete en el cuarto de Max, no comiéndose a ningún otro ser humano, sino consumiendo, pacíficamente, la leche contenida en una vasija...

Y ya a solas, en medio del Circo, Max y Ketty, en amoroso idilio, aquél pone fin a su aventura con una frase casi lapidaria:

—¡Ya ves, Ketty mía, que no me doy ningún «pisto» al verme proclamado «as» de la «pista»!...

FIN

(Prohibida la reproducción)

PRÓXIMO NÚMERO: La sentimental novela

FRUTA PROHIBIDA

preciosa producción del acreditado

PROGRAMA AJURIA

por AGNES AYRES

y varias estrellas de la Paramount.

EMOCIÓN - INTERÉS

Postal-fotografía: FEBO MARI

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 céntimos.
